IDEAS RELIGIOSAS DEL DOCTOR MARAÑON

Se está cumpliendo el primer aniversario de la muerte de aquel gran hombre y gran español que fué Gregorio Marañón. Y en esos doce meses primeros de su definitiva ausencia, periódicos, revistas, libros, antologías han intentado reconstruir esta o aquella faceta de su personalidad; se han celebrado actos necrológicos y de homenaje; se ha memorado entre amigos íntimos, en academias y clubs, o entre sencillos lectores y hombres de la calle, la figura de ese hombre cada vez más admirado y respetado y si no más querido, sí ciertamente aún querido después de su muerte, hondamente querido por todos; ese hombre al que con su agudeza propia R. Pérez de Ayala apellidó "Gregorio el Magno" (1).

La grandeza multicolor de Marañón ha dado materia a médicos, literatos, artistas, catedráticos, académicos de varias Academias, hombres de la prensa, de la cultura, de la historia y de la política.

Y en el reducido lapso de este año se han salvado definitivamente para el futuro un crecido número de rasgos, todos grandes, nobles y aleccionadores, y un buen repertorio de dichos, anécdotas y escritos del que Madrid llamaba amistosamente D. Gregorio.

Como contribución a esta labor, y recuerdo devoto y fiel de aniversario pensábamos recoger aquí un aspecto poco tratado aún por los artículos y los libros que se han ido ocupando del Dr. Marañón, y un aspecto nada cortical o periférico de su personalidad, sino, a nuestro juicio, de los más hondos y arraigados en el alma: su espiritualidad o mejor sus ideas religiosas, ya que en la cortedad de un artículo nos será imposible entrar en las vivencias espirituales, en el modo que tuvo Marañón de vivir la religión. Nos habremos de contentar hoy con recorrer los principales trazos de su ideología religiosa y su sentido de Dios y lo divino.

Esta franja, de enorme importancia en la personalidad de cualquier hombre, cobra en Marañón tal categoría y preferencia que será ciertamente desfigurar su ser auténtico cualquier intento de reconstrucción que la quisiera silenciar. Más aún, es tal la luz que sus ideas religiosas expandían sobre toda su actividad aun como médico, como culturalista, como escritor, que sin ella la evocación del hombre queda borrosa, indecisa.

Entonces se acude a la acuarela, se ponen enigmas, puntos suspensivos, reticencias en lo que hubiera tenido una vigorosa y lúcida

(1) R. Pérez de Ayala, en *Homenaje a Gregorio Marañón*. Prensa Española. Madrid, 1960, pág. 81.

explicación sólo con conectarlo con la franca y consciente ideología religiosa de Gregorio Marañón.

Ya comprendemos que un estudio atento y completo del tema pediría un libro entero y no baladí. Ahora, en el aniversario, sólo nos es posible ofrecer estos apuntes.

* * *

Si hay algo que esté precisamente en los antípodas del pensamiento religioso de Marañón es el fariseísmo formulista y el orgullo, o sea, los dos más graves defectos que Jesucristo flageló en su vida como los más opuestos a su Evangelio del corazón enamorado y el verdadero sentimiento fraternal.

Para D. Gregorio, lo más hondo y vero de la religión no era lo exterior, el despliegue aparencial y aun la solemnidad ritual, sino una corriente de simpatía divina que fluye en el silencio y en la soledad. A él, más que las solemnidades en el templo de Jerusalén —al que ciertamente no faltó Jesús con los suyos— le atraía la oración al Padre en el secreto, sin que nadie casi se apercibiera de ello.

Hablando de los cuadros del *Greco,* nos revela la emoción que sentía al verlos "por las recogidas y claras iglesitas de Toledo y de toda España; por esas iglesitas donde no entraban los grandes caballeros ni donde oficiaban los doctos teólogos y los príncipes de la Iglesia; sino las que servían de refugio al fervor simple y gregario del hombre y de la mujer de la calle, al diálogo con Dios de las almas silenciosas y solitarias" (2).

Para Marañón, el ser uno hombre religioso, la vocación religiosa, como él dice —y notemos, para evitar confusionismos, que aquí clarísimamente no habla de la vocación para dejar la vida seglar y hacerse religioso, sino de la vocación general a la religión, al culto divino— "una vocación por antonomasia es... expresión pura del amor hacia un objeto específico y altísimo que nos arrastra a servirla por encima de todo lo demás..." (3).

Ante todo, pues, y de un modo fulminante, para Gregorio Marañón la religión es amor a Dios, entrega verdadera, interior al Amor; es mucho más que las devociones, las prácticas piadosas, los actos del culto; es más que conceptos y creencias: es el fuego divino del amor sentido por dentro. Aquella frase que escribió tan íntimamente en los papeles del devocionario de su esposa, como a hurtadillas, cual billete secreto de enamorado, contiene una magnífica y reveladora verdad:

(2) *Elogio y nostalgia de Toledo.* Madrid, 1951, pág. 119.
(3) *Vocación y ética.* Austral. Madrid, 1956, pág. 29.

"Quiero a Dios con pasión" (4). Esa podía ser la definición marañoniana de lo religioso: querer a Dios con pasión.

* * *

Pero también en ambiente del todo evangélico y joaniano, Marañón siente que en la religión entra también el hombre; que no es posible dar culto y amar a Dios sin ayudar y querer al hermano. Para Marañón es inconcebible una religión que consistiera en derretirse de amor ante la Divinidad y adorarla profundamente si después se pasaba indiferente y orgulloso ante la miseria del hombre: su miseria corporal, material, moral o intelectual. Ciertamente que no hubiera sido él adepto de una religión que silenciara el amor del prójimo. Pero en el Evangelio encontró precisamente una osada exaltación del hombre, del hermano —aun del caído, del miserable—, imagen de Dios atormentada quizás y desfigurada, y por eso más estimada por el Padre de los cielos. Y quiso ser él también un fiel hermano de los miserables y descarriados, seguro de honrar con ello más al Señor Dios de la pureza y la perfección.

El clamoreo universal y unánime de todos me eximiría de aducir testimonios, pero no quiero privarme de gozo de repetir unas frases.

Con emoción mal disimulada se identifica con esos grandes hombres que ante la desgracia han tenido un gesto de mayor ternura, de más amor:

"En el fondo yo he visto una inmensa caridad antes que ninguna otra cosa, un inmenso sentido de liberalismo cristiano en Velázquez cuando pone su genio a la disposición de los míseros bufones, desperdicios humanos, con tanto amor como lo rendía a los pies de los grandes caballeros y de los reyes. El bobo de Coria, de cuya horrenda catadura y de cuya simplicidad de espíritu se servían para no aburrirse los frívolos cortesanos, estaba más cerca de Dios que los galanes esbeltos y las grandes señoras con la cara maquillada. Velázquez lo sabía bien. Sin duda este mismo cristianismo, este mismo afán de igualdad de las criaturas ante la divinidad,es el que corre en un temblor de generosa simpatía, por la pluma de Cervantes, cuando nos describe, con mal disimulado amor, los desdichados galeotes enristrados como cuentas de rosario en su cadena" (5).

Y cierto que es el mismo e idéntico cristianismo el que también con mal disimulado amor hace escribir a Marañón: "Pero el ser, en verdad, un gran médico es el amor invariable al que sufre y la generosidad en la prestación de la ciencia, que han de brotar en cada minuto,

(4) Federico Sopeña, en *Homenaje a Gregorio Marañón*, pág. 87.
(5) Gregorio Marañón: *Prefacio al Lazarillo de Tormes*. Austral. Madrid, 1950, págs. 23-24.

sin esfuerzo, naturalmente, como de un manantial... Sólo así se es dignamente médico..." (6).

Ni es sólo la conciencia profesional lo que despierta la caridad del Dr. Marañón. Es más bien la miseria y la necesidad del hombre, sea del orden que sea.

Cristo se interesaba igual por los enfermos, por los pobres y los desviados en la vida.

Su religiosidad se ruboriza y sufre sólo ante la idea de un mendigo rechazado: "Muchos, cuando cómodamente leen u oyen esto no se dan cuenta de la tragedia que encierra el mendigar, que es la aventura de pedir, suplicando, lo que no se puede rehusar a nadie y que, sin embargo, está siempre en trance de ver negado por los que menos debieran, con lo cual se suma la amargura moral a la material aflicción, cuando no hay que añadir, además, la bárbara injuria con que las almas rudas envuelven a la negativa" (7).

Y ante las desviaciones morales o ideológicas Marañón no hace una excepción —como no es raro que se haga— y envuelve al desgraciado en la misma caridad tierna y comprensiva. Y cuando no puede más busca piadoso unos posibles argumentos, no para admitir el error —que amó siempre con ardor, la verdad—, sino para dar una mano fraternal al hermano que cayó.

Hablando de Servet, el desgraciado médico quemado por Calvino, escribe este párrafo de hermosa piedad cristiana:

"Y debe quedar también el ejemplo de su rectitud heroica ante la sañuda persecución de Calvino. Si erró en su afán de conocer la verdad, no somos nosotros, los simples mortales, los que le debemos juzgar... Servet está ya juzgado por Dios. Recordamos tan sólo que murió invocándole hasta que las llamas le hicieron callar. Y nos es lícita la esperanza de que acaso en el supremo instante Dios acudió a su llamada y que su alma, con su gloria, salió purificada de la hoguera" (8).

Ante este texto uno piensa, sin poderlo evitar, en la escena del buen ladrón agonizando también en su tormento, y descubre que también fundamentalmente Marañón ha coincidido con el Evangelio.

Es cierto que esta posición de apertura llevó al Dr. Marañón a su tan repetida tolerancia, y que en algunos momentos se hubiera prefe-

---

(6) Gregorio Marañón: *Prólogo a la Antología del doctor Tapia.* Cfr. F. Javier Almodóvar y E. Warleta: *Marañón o una vida fecunda.* Madrid, 1952, página 83.

(7) *Archivum Historicum, S. I.* 49 (1956), 146; con otras citas sobre el mendigo.

(8) *Efemérides y comentarios.* Madrid, 1955, pág. 222.

rido una negativa, un *non licet* o hasta un flagelo como el de Jesús con los traficantes.

Sí; pero si hubo exceso, si tuvo que extralimitarse un hombre —¡cosa tan ineludible a casi todos los humanos!—, él se inclinó al lado del amor, de la comprensión y la caridad, cuando tantas veces nos inclinamos los pobres mortales, precisamente hacia la otra severa parte.

Creo que puede muy bien admitirse como un epitafio lo más bellamente cristiano para Marañón aquella frase de Juan Ignacio Luca de Tena: "Todas sus virtudes pueden resumirse en el aserto de que amó a su prójimo más que a sí mismo" (9).

* * *

Cuando se habla de las ideas religiosas de un seglar, y se citan frases suyas en las que él ha formulado los diferentes problemas religiosos, corremos el peligro de cometer una injusticia. Y es minimizar el sentido material de la frase, analizar al microscopio cada palabra, compararla con la formulación técnica, dogmática o escolástica que emplean los especialistas en este objeto, es decir, los teólogos, los escrituristas, los filósofos.

Pero no debiéramos proceder así. El seglar, cuando habla o escribe de religión, sabe bien que no es un especialista en estudios teológicos, ni pretende serlo por el hecho de escribir o hablar de aquello; él no aspira a dar fórmulas exactas, definitorias, completas, de las verdades de la fe, ni se preocupa por emplear los vocablos técnicos típicos y consagrados. Quiere sencillamente decir a su modo, de ordinario fragmentario y con frecuencia empañado de emoción subjetiva vivencial, algo que le ha sacudido más vigorosamente en esa zona misteriosa y sublime que es lo religioso.

Por eso, si le tomamos la palabra en un sentido riguroso y definitorio nos inquietaremos quizás, porque dice más o menos de lo que técnicamente deben decir las fórmulas de los especialistas. Pero así no podrían hablar nunca más que los especialistas, de medicina, ni de química, ni de economía, ni de política, ni de nada. Pues cuando hablamos de una enfermedad o un simple dolor, los no especialistas empleamos unos términos generales, a veces vagos, inexactos o incompletos para expresar esos fenómenos que sólo el médico explica y formula en todo su rigor.

No olvidemos esta consideración al recorrer los pensamientos religiosos de Marañón o de cualquier otro seglar que escriba sobre religión. Sería, además de una injusticia, una falta de caridad.

* * *

(9) J. Ignacio Luca de Tena, en *Homenaje a Gregorio Marañón*, pág. 76.

La primera idea religiosa de Marañón que se repite hasta la sorpresa, por todas sus obras y en todos los tonos, es su fe profunda, habitual y naturalísimamente profesada siempre. Que ese hombre tuviera unas íntimas creencias en la base de su pensar y sentir religioso, dentro de la noble belleza que eso representa en un hombre como él, aún no tendría nada de especial. Lo asombroso es la repetida profesión de esa fe; la frecuencia con que el Dr. Marañón hace apelación a sus convicciones sobre la trascendencia de la vida, el destino eterno del hombre, la gran realidad del alma espiritual, la presencia de Dios en el hombre y en la historia, la definitiva necesidad para el hombre de anclarse en lo divino, único verdadero puesto del Ser. En un banquete o en el prólogo a un libro de medicina; contestando a un académico o escribiendo un libro de historia, hablando de arte o de sexología; reflexionando sobre su vida, sobre la ciencia o sobre política, a cada momento brota una frase ungida de fe en lo sobrenatural y de esperanza eterna. Y sobre la tibia y efímera realidad de las cosas todas que reposan en la noche de la contigencia, cruza en sus frases inesperadas el meteoro incandescente de su fe en lo eterno.

Está hablando en Madrid, a los militares, en el Centro Cultural del Ejército y la Armada sobre "Los deberes olvidados", y apenas han transcurrido unos pocos minutos Marañón les lanza este párrafo:

"En el hondo cristal de nuestra conciencia, como en el agua lejana de un pozo, no hemos de buscar, para encontrarnos, el reflejo de nuestra propia persona inclinada ansiosamente sobre el borde, sino el cielo azul o anubarrado detrás del cual están los valores eternos, los deberes con la Sociedad —es decir, la Patria— y los deberes con nuestro destino supraterreno —es decir, Dios—" (10).

Un día está escribiendo el prólogo para la obra *Nuevos puntos de vista sobre el reumatismo cardiarticular,* del Dr. Juan Cuatrecasas, y con toda naturalidad inserta estas frases:

"Ciego será quien no vea que el ideal de la etapa futura de nuestra civilización será un simple retorno a los valores eternos y por eternos, antiguos y modernos; a la supremacía del deber sobre el derecho, a la revalorización del dolor como energía creadora; al desdén por la excesiva fruición de los sentidos; al culto del alma sobre el cuerpo; por una u otra vía, a la vuelta hacia Dios" (11).

Exponiendo con su gran conocimiento clínico los graves conflictos a que conducen las pasiones o los abusos sexuales no duda en afirmar "que en estas ocasiones la fe y la disciplina religiosa suelen ser la

(10) *Raíz y decoro de España.* Austral. Madrid, 1952, pág. 19.
(11) Juan Cuatrecasas: *Nuevos puntos de vista sobre el reumatismo cardioarticular.* Prólogo de Gregorio Marañón. Barcelona, 1933.

razón suprema de que la conducta se haya mantenido limpia y el alma en paz. En esto, como en todas las tempestades del espíritu, la ayuda de Dios es, claro, lo esencial; y ahora, al cabo de tantos años de ver de cerca estos dramas, lo puedo decir con riguroso convencimiento" (12).

Y es tan real para él la presencia de Dios y la captación de lo divino por el pequeño ser temporal que comprende perfectamente y admite como una realidad realísima la muerte sólo por deseos de eternidad: la muerte de los místicos. Eso le lleva a escribir, hablando de San Ignacio: "¿Por qué no admitir, no como una exageración apologética, sino como un hecho lógico y real, que el afán infinito de cambiar este mundo por el otro, en el que se espera el eterno bien, pueda anular la vida?" (13).

* * *

Antes de avanzar más comprendo que sería oportuno esclarecer —si ello es posible— el mismo concepto de fe, según Marañón. Ello no será nada difícil, con tal de tener en cuenta la salvedad a que antes aludí.

Admite muy justamente dos medios de llegar a la fe: uno, regalado, espontáneo, en el que Dios mismo ha precedido y acunado al alma para que despierte ya en sus brazos; otro, súbito, estallante, a mitad del camino con toda la prodigiosa aventura del encuentro. Pero siempre es Dios el que se ofrece al alma (14).

Y se ofrece —y esto es interesante notarlo— no como una rutina adquirida desde la infancia, o una emoción que nos sorprendió en la subida, sino como la luz de una verdad, distinta, superior, hasta aparentemente opuesta a veces a la luz de la razón; siempre como una luz que lleva a admitir lo que Dios dice, aunque no lo comprenda la pequeña mente del hombre, ni lo pueda tocar o experimentar.

Oigamos estas líneas: "Creer es sentir dentro de uno la luz de una verdad indemostrable, ajena a la razón, opuesta a ella quizás; una luz que no ha brotado de nuestra meditación áspera y trabajosa, como la chispa que el hombre primitivo hacía saltar del choque rudo de las piedras; sino que vino como la claridad de los espacios sin que

(12) Cfr. *Homenaje a Gregorio Marañón*, pág. 89.
(13) *Archivum Historicum S. I.*, 49 (1956), 152.
(14) "Dios puede preceder a nuestro pensamiento, si tenemos la suerte de nacer con una fe en el alma. O bien puede aparecérsenos de improviso como se aparecía ante los ojos sencillos de los pescadores de Galilea, al doblar una esquina de la vida." G. Marañón. *Raíz y decoro de España*. Págs. 162-163.
Notemos dos rasgos perdidos en el texto: que para Marañón es una suerte y un regalo nacer ya con la fe, en un hogar creyente; y que los pescadores de Galilea encontraban la fe en Jesús al doblar una esquina de la vida, precisamente con unos ojos sencillos.

la esperásemos ni la llamásemos, desde ese manantial remoto de lo sobrehumano en el que unos descubren y otros presienten la huella de Dios. Cuando el hombre dice "Creo" sabiendo lo que dice, es en verdad el rey de todo lo creado. Creer en lo que sea; porque el sentido divino de la fe no está en su objeto, sino en el hecho de que la fe exista" (15).

Es más: él, hombre de ciencia y de experimentación, que tanto podía confiar en sus sentidos y reflexiones, no duda en declarar hablando del caso de Santo Tomás, el que pidió ver y tocar para creer: "Sólo con la fe de Santo Tomás la verdadera fe no existiría. Lo importante no es sólo creer sin ver y sin tocar, sino creer contra lo que la vista y el tacto inducirían a creer" (16).

Después tendremos ocasión de volver sobre el tema de Marañón, hombre de ciencia y religioso.

* * *

La clave del pensamiento religioso de Gregorio Marañón —como de todo pensamiento religioso— es naturalmente la idea de Dios. Pues bien, al recorrer las múltiples obras de este gran escritor y pensador riguroso, sereno y científico, no puede menos de estremecernos su fe ardiente y su inmersión auténtica en lo divino.

Se ha podido escribir, y sin la menor hipérbole, que Marañón "quería vivir siempre en presencia de Dios" (17), porque realmente, como dijo D. Gregorio, "detrás de las estrellas estaba Dios, es cierto, pero Dios está en todas partes" (18), y el hombre, aun el más distraído y materialista, se siente acariciado en su vida alguna vez por esa presencia y necesita apoyar su frente en esa Santa Mano. Augusta llama Marañón a esa "hora en que el hombre siente la necesidad de Dios" (19), y si es fiel y se deja llevar noblemente de su misma razón, venga de la orilla que venga y con las llegas que le haya hecho la vida, arribará por fin al puerto franco de la Divinidad. "Mi

(15) *Vida e historia*. Austral. Madrid, 1953, pág. 73.
Frases como "la fe opuesta quizá a la razón", "creer lo que sea", son casos concretos de esa formulación "seglar" de lo teológico por los no especialistas, que puede adolecer de cierta imprecisión, y es preciso entender no en su sentido material, sino en el pensamiento del escritor. "La fe opuesta a la razón", en su sentido material sería una equivocación teológica; pero es claro que en Marañón es sólo un modo de hablar y de recalcar la idea de que la fe no viene por los caminos ordinarios del raciocinio y la demostración. "Creer en lo que sea", que podría tomarse como oposición protestante entre la fe objetiva y cierta fe subjetiva, no es, en su mente, sino la exaltación del valor sobrenatural de la fe, que no cree en éste o en aquel objeto por tal objeto, sino por la adhesión a Dios, que lo ha revelado.
(16) *La Medicina y nuestro tiempo*. Austral. Madrid, 1957. Páginas 71-72.
(17) Luis M. Anson, en *Homenaje a Gregorio Marañón*. Página 110.
(18) *Archivum Historicum S. I.*, 49 (1956), 134.
(19) *La Medicina y nuestro tiempo*. Página 104.

posición ha sido siempre igual —nos afirma este hombre de inteligencia—: la razón conduce inexorablemente a Dios" (20).

Por ello, el frasaso humano absoluto y definitivo no es más que eso: la pérdida, sin reencuentro posible, de la presencia divina. Y Marañón concibe lo más infernal del infierno, con un rigor estrictamente teológico, cuando escribe: "...el réprobo sumido en el infierno se duele más que de los tormentos materiales, de la ausencia de Dios" (21).

Antes aludimos a aquella emocionante frase que escribió Marañón en el devocionario de su mujer: "quiero a Dios con pasión". Y sabe bien que es eso tan sublime, tan grandioso, tan único, que es efectivamente "lo único que no podía nunca representarse en formas de apariencia humana, la pasión de Dios" (22).

Y con todo, él intentó, con su mente acostumbrada a la reflexión, analizar los fundamentos y aun los caracteres de esa presencia de Dios, de esa pasión de Dios.

Lo primero que descubre es que en el hombre todo proviene de Dios, y todo es don gratuito y enamorado del Padre:

"Dios nos ha dado, con la capacidad de conocer, esta otra, maravillosa, de olvidar las piedras en que cada día tropezamos" (23).

"Hacer uso para vencer de las armas de la inteligencia, de la habilidad, de la eficacia que Dios nos haya dado" (24).

"La gran meta de los moralistas no consiste en poner trabas al pensamiento, que fué creado por Dios..." (25).

"Nada expresa la hermosura del alma como ser veraz y, sin duda, el hombre lo fué, recién creado por Dios" (26).

La antología de textos en que Marañón reconoce con profundo respeto agradecido a Dios creador del hombre y dador de sus cualidades se podría alargar.

La completo sólo con algún párrafo en que alude el doctor a la creación de otras criaturas.

Habla del milagro de la maternidad en la mujer y añade bellamente: "Casi como Dios, cuando acaso cansado de Su augusta soledad pobló la tierra, que es su seno, de las especies vivas innumerables" (27).

A veces habla en tono menos solemne, más jocoso, pero deja oír

(20) *La Medicina y nuestro tiempo.* Página 59.
(21) *Antonio Pérez.* Madrid, 1958, I, pág. 31.
(22) Gregorio Marañón: Prólogo al libro de Andre Maurois: *Feming.* Madrid, 1953.
(23) *Raiz y decoro de España.* Página 26.
(24) *Efemérides y comentarios.* Página 215.
(25) *El libro y el librero.* Página 72.
(26) *Vocación y ética.* Página 72.
(27) *Vida e historia.* Página 32.

con la misma nobleza ese eco creador, ese aroma divino de los pequeños seres, como "el jerez... una realidad acabada, casi como las obras que brotaron directamente de las manos de Dios... A veces añaden al vino otra inocente y saludable obra de Dios, que es el café" (28).

En otros momentos remonta la atrevida vertiente de los grandes paisajes y las grandes bellezas, donde palpita algo del divino absoluto:

"Los hombres, cuando tienen el alma en paz, no pueden sentir un consuelo mayor en el supremo trance que haber agotado su capacidad para la fruición de la belleza, que es uno de los caminos que más rectamente nos conducen a Dios" (29).

"La existencia transcurre entre nosotros, casi las veinticuatro horas del día, en plena naturaleza, y por tanto, en relación con Dios" (30).

* * *

Y si el principio de los hombres y de las cosas es la mano y el corazón de Dios, los fines de las cosas y de los hombres son igualmente, inexorablemente, la voluntad y el amor divino; sólo allí se encuentra toda esa ilusión de paz y de alegría por la que nos afanamos.

"... Después de la muerte, o cuando sea, todo lo que hoy parece inconmovible habrá desaparecido, porque es ley divina que desaparezca" (31) y si esa ley divina que tanto aterroriza a los humanos llama concretamente a un hombre, entonces —dice Marañón— "cuando el hombre da con sencillez y serenidad su último paso sobre la tierra, a solas con su conciencia y con Dios, entonces la muerte no tiene un rostro trágico, ni una guadaña como emblema, sino una sonrisa de paz y un gesto de reposo infinito" (32).

Pero tales palabras son pura retórica cuando no van apoyadas en la idea clara y segura de ese misterioso estado transmundano. Marañón las podía escribir, porque sabía qué encuentro le esperaba al otro lado de esa gran muralla: nos lo declara hablando de la muerte de Luis Vives:

"Murió sabiendo dónde y cuándo se puede encontrar la paz, la frágil paz de este mundo, y seguro de hallar en el otro la que no se acaba. Y acaso, sus ojos iluminados por la luz del más allá vieron otra vez, antes de morir, el enjambre alado ascender, rodeando a su alma, por el azul sutil del cielo, hasta el Seno de Dios" (33).

* * *

(28) Conferencias: *Cátedra del vino*. Página 22.
(29) *Raíz y decoro de España*. Página 132.
(30) Gregorio Marañón: *Prólogo al Lazarillo de Tormes*. Ed. Austral, página 22.
(31) *Efemérides y comentarios*. Página 179.
(32) *Vejez, adaptación*. Página 32.
(33) *Españoles fuera de España*. Austral. Madrid, 1953, pág. 180.

Marañón nunca pretendió elaborar una teodicea, ni sembrar los elementos fundamentales para ella, y sin embargo, al agrupar los datos divinales —valga la palabra— que le inspiraron sus convicciones religiosas, descubrimos las líneas esenciales de una teodicea, o más exactamente, de una teología. Ya hemos aludido a la realidad presencial de Dios y a sus atributos de origen y destino de las cosas —alfa y omega.

Junto a ellos debemos agrupar otros, los que más acuden a la pluma fiel del doctor: Dios-Verdad, Dios-Justicia, Dios-Poder Providencial y Dios-Misericordia. Reconozcamos el enorme acierto de esta selección. No habrá dicho con ello lo más profundo y entitativo, pero ha consignado lo más grandioso y lo más bello que podemos avizorar de El desde esta orilla.

* * *

La verdad y la veracidad hay que contarlas entre las grandes pasiones de la vida de Marañón. La mentira es para él algo deforme y monstruoso en sí (34).

Sin descanso se afanó por descubrir la verdad, y su tarea principal no fué dar clases, curar enfermos, estudiar o escribir: fué buscar la verdad. Y "la verdad, según él, se busca por el ancho camino de la ciencia, por el de la belleza y por aquellos más ásperos que conducen directamente a Dios" (35).

Porque, en efecto, la verdad no es hija del hombre, sino de Dios, como dejó él escrito en un texto breve, pero maravilloso: "La amistad es virtud específicamente del hombre, hija nuestra, no del destino, como el amor, o de Dios, como la verdad... La verdad es agua divina que corre hacia Dios y nos refresca y nos lava" (36).

Difícilmente se podría decir en menos palabras cosas más hondas y verdaderas sobre la verdad.

La verdad corre hacia Dios, la verdad es hija de Dios, porque en definitiva, "Dios, él mismo lo dijo, es la Verdad" (37).

De este principio tan claro, y de tal magnitud, deduce Marañón consecuencias enormes para el hombre sobre la tierra, y más enormes

---

(34) "El hombre no debe mentir, ateniéndose así no sólo a los preceptos religiosos y éticos elementales, sino también, por poco elevada que sea su categoría moral, a una innata inclinación propia de su conciencia. Nada expresa la hermosura del alma como ser veraz..." Gregorio Marañón: *Vocación y ética.* Página 71.

(35) *Raíz y decoro de España.* Página 107.

(36) *Discurso en Montevideo,* durante un banquete, en abril de 1937; se publicó en "El Pueblo", de Argentina, 20-IV-1937.

(37) Copio entero este otro precioso texto: "El espíritu universitario... consiste en amar la verdad sobre todas las cosas Y no hay fórmula más eficaz que la enseñanza alada, no facciosa, de la religión, porque Dios, El mismo lo dijo, es la Verdad." *Efemérides y comentarios.* Pág. 58.

aún para el científico; a saber, que el único conocedor cabal y completo de la verdad de las cosas es Dios y sólo Dios.

"Somos, sin saberlo, instrumento ciego del juego contradictorio del destino, cuyo secreto sentido sólo conoce Dios" (38).

Los hombres conocen, o creen conocer perfectamente, hechos, personas y verdades. Pero este hombre entregado tantos años a los estudios científicos no duda en avisarnos de que las verdades que conocemos son "verdades relativas", que no lo son realmente, aunque nos lo parece a nosotros, mientras que "la verdad absoluta sólo la conoce Dios" (39).

Hasta sobre la propia vida de cada uno sabe Dios mucho mejor la verdad que uno mismo. Cuando ofrecieron a Marañón para que lo revisara un esbozo de biografía de él mismo, el doctor escribió a los autores una noble y modesta carta-prólogo en la que, además de declarar que no se sentía el modelo que pensaban erigir los biógrafos, les dice al final que no se cree con derecho a hacerles enmiendas sobre la verdad de su existencia, ya que las interpretaciones, aun la suya propia, serán verdaderas "con una verdad relativa, porque la que no lo es sólo la conoce Dios" (40).

Más impresionante me parece aún la posición del científico Marañón al reconocer todos los límites y barreras de la ciencia, sólo franqueadas por el saber de Dios: "Es evidente, afirma, que la ciencia, a pesar de sus progresos increíbles, no puede, no podrá nunca, explicárnoslo todo. Cada vez ganará nuevas zonas a lo que hoy nos parece inexplicable, pero la raya fronteriza del saber, por muy lejos que se lleve, tendrá eternamente delante un infinito mundo misterioso a cuya puerta llamará angustiosamente nuestro por qué, sin que nos den otra respuesta que una palabra: Dios. Dios, cuya silueta se alza a lo lejos: para unos, como una cima ingente y confusa, rodeada de las nieblas de la duda; para otros, como un faro luminoso y preciso que extiende hasta el rincón más hondo de lo desconocido su serena claridad" (41).

¿Podrá admirarnos ya, después de esas citas, que este gran médico declare: "El médico sólo cura lo que Dios quiere, y cuando Dios no quiere, se sirve para sus misteriosos designios, ya de la limitación genérica de la ciencia de curar, ya de la limitación específica de los

(38) *Tiberio*. Madrid, 1939, pág. 19.
(39) *Efemérides y comentarios*. Página 181.
No hace falta notar que por "verdades relativas" no entiende Marañón la relatividad y variabilidad de las verdades que capta el intelecto, sino la limitación de unas verdades que no agotan el contenido, y así no son absolutas, como en Dios.
(40) Gregorio Marañón: Carta prólogo a la obra de Francisco Javier de Almodóvar y Enrique Warleta: *Marañón o una vida fecunda*. Madrid, 1952.
(41) *Ideas biológicas del P. Feijoo*. Madrid, 1954, pág. 11.

encargados de administrarla?" (42). ¿O que repitiera, no sin cierta inquietud y molestia de algunos colegas, que "el médico es un instrumento de Dios?".

Sólo este descubrimiento tan pleno de la verdad en Dios habría hecho a Marañón amar apasionadamente a la Divinidad.

Relacionado con la verdad divina está el atributo de la justicia.

Aquel hombre que vió en la historia y en la vida cómo muchas veces se engañaba o se torcía la justicia humana, había de contemplar con los ojos muy grandes de niño ilusionado la norma auténtica y definitiva de la justicia en Dios.

El sabe muy bien que las conveniencias y las exigencias del rey, de los gobiernos, de los hombres "no siempre son compatibles con la pura justicia, atributo exclusivo de Dios" (43).

Y piensa, no sin cierta superior ironía, en la sorpresa de los bienaventurados en el cielo, cuando allí descubran "la insólita rareza con que la justicia humana debe haber coincidido, a lo largo de las generaciones, con la justicia estricta, la de Dios" (44).

Hasta en la materialidad del estilo nos recuerda esta cita aquellas sabrosas palabras de Santa Teresa: "La certidumbre poco se puede saber acá hasta que el Verdadero Juez dé a cada uno lo que merece. Allá nos espantaremos de ver cuán diferente es su juicio de lo que acá podemos entender."

Como la Madre Teresa, también sabe Marañón "que un bien y un mal no siempre coinciden con la pauta marcada por Dios, sino con artificios políticos, que en cada época se traman para hacer pasar por bueno lo condenable y sentenciar como pésimo lo que aprobaría quizás el Tribunal de Dios" (45).

La consecuencia que de este hecho incuestionable saca Marañón es nítidamente evangélica: ¡no juzgar o otros!

Esa manía juzgativa del hermano le irritó toda la vida, y más de una vez la echó en cara a los españoles en frases como estas: "Uno de nuestros mayores males intelectuales es la temeraria manía de querer penetrar en la conciencia de los hombres, condenándoles o absolviéndoles, y olvidando que esto es sólo prerrogativa de Dios" (46).

* * *

(42) Gregorio Marañón: Prólogo al libro: *La responsabilidad profesional del médico*, por Eduardo Benzo. Madrid, 1944.

(43) *Antonio Pérez*, I. Página 346.

(44) Gregorio Marañón: Prólogo a *La familia de Pascual Duarte*, por Camilo José Cela. Barcelona, 1951.

(45) Gregorio Marañón: *Discurso de contestación a D. F. X. Sánchez Cantón*, en la Real Academia, 4 de diciembre de 1949.

(46) *Efemérides y comentarios*. Página 163.

No olvidemos la luz de estos puntos de vista cuando hablemos u oigamos hablar de la tolerancia de Marañón.

La verdad y la justicia de Dios son dos atributos grandiosos, solemnes, que arrastran, impresionan a los hombres; los otros dos que suele citar Gregorio Marañón son íntimos de caricia: el poder providente y la misericordia. Todo lo entrañablemente cercano que puede concebirse, así comprende Marañón la acción y el poder de Dios sobre los hombres. Todo pasa por sus manos y todo continúa un misterio paternal que el hombre creyente acepta como un maravilloso regalo de Reyes, sin acertar a explicárselo y sin exigir la explicación: "¿Acaso no pasa todo lo bueno y lo malo por misterioso designio de Dios? No queramos penetrar en ese misterio y sí sólo buscar lo que cada vida, lo que cada efeméride tiene de ejemplar para la futura perfección humana" (47).

Es Dios el que dirige ese misterioso y cabal concierto de las cosas. Los hombres, sí, pueden escoger las semillas, sembrarlas y regar, pero "el que la espiga sea granada no depende sólo de la bondad del grano, sino de que caiga a su tiempo y en tierra propicia, y no en el pedregal; es decir, de circunstancias que sólo las sabe y las dispone Dios" (48); ese Dios que rige, además de las espigas, la marcha del pensar humano (49) o las estrellas del cielo (50), y lo mismo el destino de un hombre (51) —sea el Cid, Garcilaso o cualquiera (52)—, que la historia de un pueblo (53) a veces en la gloria, a veces en la guerra.

Siempre, y en todo momento, es para Marañón evidente que es "Dios rector de los mundos" (54) y los rige con su Providencia de "ignorados designios" (55).

---

(47) *Efemérides y comentarios.* Página 222.
(48) *El Conde-Duque de Olivares.* Madrid, 1936. Página 21.
(49) *Ideas biológicas del P. Feijoo.* Página 131.
(50) *Efemérides y comentarios.* Página 136.
(51) "Rodrigo de Vivar, el que por nadie fué vencido..., ni por los enemigos ni por la ingratitud, ni por la envidia. Sólo el Destino —Dios— lo pudo abatir." G. M.: *Tiempo viejo y tiempo nuevo,* 26. A Garcilaso "fué ese traspunte misterioso e inefable, el dedo de Dios, el que le lanzó escala arriba, sin armadura ni casco, con sólo una rodela para defenderse..." G. M.: *Españoles fuera de España.* Austral. Madrid, 1953, pág. 91.
(52) "... ese hombre superior que sabe bien que su destino depende de Dios." G. M.: *El Conde-Duque de Olivares.* Página 196.
(53) "... porque Dios ha querido que la vida de los pueblos, como en la de los hombres, se entre casi siempre en el vasto templo de la gloria, humillando la frente por la mezquina puerta del dolor."
Y hablando de unos tristes años españoles, hacia 1734, dice: "Y sin embargo, Dios supo depararnos salvaciones inesperadas y caminos de regeneración que si no nos condujeron a un término esplendoroso, hemos de achacarlo, y no más, a nuestra contumacia en enmendar la plana a las divinas inspiraciones." G. M.: *Vida e Historia.* Página 42.
(54) *Raíz y decoro de España.* Página 59.
(55) *Antonio Pérez,* II. Página 572.

Una cosa había de llamar necesariamente la atención del sabio y hombre de ciencia, al tratar del poder y providencia de Dios: el milagro, ese hecho desconcertante y molesto para todo científico que no sea sincero y leal con la Verdad y ante el que se ven obligados a adoptar las más ilógicas y ridículas soluciones que van desde la absurda negación de evidencias hasta el recurso a la trampa.

Marañón ha visto en seguida la importancia de la cuestión y la ha abordado con una lealtad y valentía inmensamente científicas, y además no ha querido soslayar el problema en los mismos círculos intelectuales científicos y médicos; antes lo ha expuesto detenidamente y más de una vez.

Valga por muchas citas esta solemne declaración suya:

"Mi posición ha sido siempre igual. La razón conduce inexorablemente a Dios. Quien ha creado el mundo, que es un puro milagro universal diario, repetido en cada célula de cada ser vivo, en cada una de las vibraciones infinitas de los átomos que nos circundan, en cada uno de los instantes del tiempo, ¿por qué no ha de contradecir cuando le plazca las leyes que gobiernan la vida y la muerte? Y cuando esas leyes se cumplen con arreglo a las pautas de lo que creemos natural, ¿no son menos reveladoras que lo que se considera como excepcional prodigio de la grandiosa e inexorable realidad de Dios?" (56).

¡Qué lección tan sabia y sincera nos da Marañón a los científicos y los no científicos! Sólo una enorme fe viva en Dios podía dictarlas. Pero aún hace más y fuerza su argumento bellamente hasta el extremo. Porque es verdad que a veces se grita milagro ante lo que es puro proceso natural, resultado de la ciencia, o peor aún, superchería. Pues bien, también para ese momento tiene Marañón una respuesta prodigiosa de claridad y de fe: "Decía yo cuando comenté la obra de Feijoo, y ahora lo repito: Si se demuestra que la campana de Velilla no tocaba sola, sino que la tañía un sacristán furtivo, o si se explica por una razón física lo que parecía brote milagroso de una flor, habremos destruído un error, pero el milagro subsiste, porque milagro es la voz de los bronces y el ritmo misterioso de la savia en primavera... Nada perjudica —si el corazón y el entendimiento están abiertos a la razón— un truco que pasó por milagro al milagro verdadero y al permanente milagro de la creación" (57).

No hace falta añadir más. Sólo subrayar cuán abierto tendría Marañón su entendimiento y su corazón no solamente al intelecto, sino también a Dios providente y regidor de las cosas.

* * *

(56) *La Medicina y nuestro tiempo*. Página 59.
(57) *La Medicina y nuestro tiempo*. Páginas 60-61.

El último gran atributo divino que emociona a Marañón es la bondad misericordiosa, la facilidad con que el Gran Ser se inclina hacia esta triste y no raras veces despreciable y abigarrada caravana de hombres; como les escucha, les comprende, les acoge, si no puede con la fiesta de lo santo, al menos con la ternura misericordiosa ante lo desgraciado.

Para Marañón es un enorme descanso pensar que Dios no cataloga a los hombres con mezquinas medidas de hombres, sino con infinita misericordia (58) y se imagina el desfile de los pobres grandes hombres como Felipe II, Juan de Escobedo o Antonio Pérez, que "habrán los tres necesitado copiosamente de la incansable misericordia de Dios" (59).

Ni es sólo en el más allá donde "ser santo es ver a Dios cara a cara, en un éxtasis maravilloso" (60), sino en esta misma tierra de miserias ha descubierto Marañón la misericordia del Señor, incluso en esa piedra de escándalo que ha hecho desconfiar del Amor divino, o blasfemar de él a muchos hombres: el dolor.

Para este médico egregio el dolor es uno de los elementos del progreso humano; quizás sea el propulsor principal del desarrollo de la cultura no menos que de la perfección moral. Por eso, este hombre de tal seriedad moral y científica no duda en escribir que "mientras el progreso siga su marcha, la humanidad sufrirá y luchará para no sufrir. Y el día en que se llegue a esta liberación, los hombres podrán temer —esta vez justificadamente— la llegada del anticristo; y el fin de la especie sobrevendrá sin duda en el momento que reine en el mundo la felicidad absoluta" (61).

Y respecto al valor moral del sufrimiento, el doctor ha hecho repetidas veces inequívocas alusiones como cuando escribía que "los médicos, como los sacerdotes, por estar unos y otros habituados al espectáculo del humano padecer, sabemos que en ese momento es cuando confirmamos la alta categoría de un hombre o una mujer..." (62).

No es, pues, el dolor un brutal agresor del ser, sino un áspero y bronco, pero positivo, medio de perfeccionamiento. Es también, desde luego, "condena que Dios ha fulminado contra el ser vivo" (63), sí; pero —y ahí se afirma la divina misericordia—, dándole al mismo

(58) "Si la misericordia de Dios, que es infinita, pudiera catalogar a los hombres con nuestra mezquina visión de la responsabilidad..." G. M.: *La Medicina y nuestro tiempo*. Página 61.
(59) *Antonio Pérez, I.* Prólogo XXIX.
(60) *Vocación y ética*. Página 28.
(61) Gregorio Marañón en Entretiens: *L'avenir de la Science*. París, 1932. Citado por I. Rof Carballo: *Insula*, 164 (1960), 3.
(62) Gregorio Marañón en *Archivum Historicum S. I.*, 49 (1956), 144.
(63) *Vocación y ética*. Página 132.

tiempo la capacidad de convertir el mal en bien y de encontrar sin límite, incansables soluciones o superaciones; dicho con sus mismas palabras: "añadida (por Dios) generosamente la limitada posibilidad de atenuarla (la condena) por el esfuerzo nuestro, hasta que llegue un día en que todo el humano dolor quede cancelado..., dolor que parece inevitable, pero que es evitable, porque Dios nos ha dado con él el ansia de sojuzgarlo, ansia que cada nuevo dolor mantiene viva y que nos hace vivir para vencer los dolores nuevos y para ser, nosotros mismos, mejores" (64).

* * *

Queda aún mucho que decir sobre el pensamiento religioso de Gregorio Marañón; y estoy convencido de que el lector piensa en temas tan interesantes como los Sacramentos, la Eclesiología, la moral y tantos otros. Todos ellos habrán de remitirse a otra ocasión, pues no falta abundante materia bien digna de un estudio.

Hoy voy a cerrar estos ya largos apuntes con dos notas finales que los dejen menos incompletos.

* * *

Marañón es un alma profundamente cristiana; y esto quiere decir que Jesucristo ocupa un puesto clave en su pensamiento religioso. Su divinidad le impresiona, como cuando escribe sobre la Santa Síndone de Turín: "Esta turbadora imagen no es la efigie de un ser humano excepcional... El estremecimiento que causa su contemplación hace pensar que sí..., que así debió ser el Dios hecho hombre" (65), o cuando piensa en "la misma perfección ingénita de Cristo" (66).

La venida del Salvador la ve como única solución a una infinita angustia de la tierra (67); y es, sencillamente, "el hecho más memorable de la historia humana" (68); y su pasión y muerte, en el Imperio de Tiberio (69), bajo Poncio Pilato (70), el golpe de timón que hace

(64) *Vocación y ética.* Página 132.

(65) Gregorio Marañón, en *Carta a la Delegación de Cultores Sanctae Sindonis*, en Barcelona. Cfr. A. Roldán: *Ascética diferencial.* Página 304.

(66) Gregorio Marañón en *Archivum Historicum S. I.*, 49 (1956), 145.

(67) "Cristo nació en un rincón de Asia, un día como los demás... Pero, como he dicho en otra parte, leyendo la historia de los últimos años de la Roma precristiana, se tiene la impresión clara de una angustia infinita que sobrecogió a aquellas generaciones que habían perdido la fe en sus dioses y no sabían dónde estaba la nueva Verdad." G. M.: *Tiempo viejo y tiempo nuevo.* Páginas 51-52.

(68) *Tiberio.* Página 41.

(69) "Tiberio nació el año 42 a. C.; murió el 36 p. C. Está, por tanto, su existencia dividida en dos por el hecho más memorable de la historia humana: el espacio que media entre el nacimiento y la muerte de Cristo". G. M.: *Tiberio.* Página 41.

(70) "Tiberio fué, no en vano, el Emperador de Pilato, el Poncio que dejó crucificar a Cristo por cobardía." G. M.: *Tiberio.* Página 21.

virar noventa grados la historia de la tierra. Aquel día pudo parecer un día como todos los demás, pero en realidad era "la cumbre más alta de la historia" (71), el fin de las pesadillas y de la noche, el ocaso de las supersticiones y mitos de la paganía. Aunque es cierto que "ni él —Tiberio el emperador— ni nadie supo en Roma hasta mucho tiempo después que el ave Fénix había muerto para siempre, y que la Cruz de Judea era inmortal" (72).

Y no obstante, esa ceguera del mundo ante la vida y la muerte de Cristo, Marañón presiente que su resurrección debió conmover a mucha gente, aun al mismo Emperador, "cuando supo que el Rabí crucificado por Pilato había desaparecido del Sepulcro, envuelto en nubes, hacia los cielos" (73).

Desde ese momento, y a través de todo lo que más bien era argumento de olvido y de indiferencia, surge la innegable realidad del orden nuevo evangélico. Marañón ve a Cristo "llevar hasta los cielos el mensaje de la pobre humanidad" (74) y convertirse en el modelo y guía de los hombres mejores y de las cosas definitivas. "La mano de Cristo" es la que traza la frontera que separa el bien del mal (75); el dolor y angustia divina de Getsemaní es un gran regalo de misericordia para todos los que sentirán en la vida el minuto del hundimiento (76). En Jesucristo ha realizado la humanidad el gran hallazgo de la esperanza, desde que "una voz sobrehumana anunció que era mensajera de la Paz y del Amor" (77).

Frente a esa obra de Cristo, qué pobres e inseguras ve Marañón todas las otras estructuras y superestructuras de los hombres: "Todo lo que desde el principio del mundo ha actuado sobre las multitudes, con la sola excepción de la doctrina de Cristo, ha tenido ese carácter de cosa vaga y elástica" (78).

Hermoso homenaje de fe y devoción, todas estas citas de Gregorio Marañón, a Jesucristo, "un hombre que se llamaba Hijo de Dios y había sido condenado a la Cruz" (79).

* * *

Termino con una breve alusión Mariológica, entre las ideas religiosas de Marañón.

---

(71) *Tiberio.* Páginas 41-42.
(72) *Tiberio.* Páginas 299-300.
(73) *Tiberio.* Página 257. Cfr.: *Crónica y gesta de la libertad.* Buenos Aires, 1938.
(74) *Elogio y nostalgia de Toledo.* Página 128.
(75) *Españoles fuera de España.* Página 10.
(76) *Efemérides y comentarios.* Página 221.
(77) *Tiempo viejo y tiempo nuevo.* Página 79.
(78) *Efemérides y comentarios.* Página 196.
(79) *Tiberio.* Página 299.

En otra ocasión se podría tratar de ese indirecto culto a María que hay latente en los nobles pensamientos expuestos algunas veces por el doctor sobre la santa maternidad, la dignidad matrimonial, la noble categoría de lo virgen y lo puro.

Entre lo que directamente dice Marañón sobre la Virgen, recuerdo la ternura mariana, cuando acepta las piruetas de un juglar hechas con pasión y con gracia, como oración personal y valiosa delante de la Madre de Dios (80).

Pero tiene hondura mucho mayor aquel texto en donde reconoce don Gregorio el arraigo de la devoción Mariana en España, tan consustancial, que ninguna herejía, aun sin inquisiciones, era capaz de arrancar; porque "el culto a la Virgen, que aparece desde los primeros balbuceos del Catolicismo español como elemento sustancial de su fe y de cada una de sus reacciones religiosas..., no se trata de una devoción que, en efecto, se puede arrancar por la violencia de un pueblo, sino de algo más íntimo, de una verdadera pasión, cuya realidad tiene raíces metidas en lo más íntimo de la sustancia de nuestro modo de ser" (81).

El se incluye, naturalmente, en este "modo de ser" y da de ello fe con algún testimonio personal, íntimo como éste que va a ser el último: "Hay en el cancionero español una copla cuya emoción recordaré siempre desde que una noche, pensando en estas cosas, el viento me la trajo, como una respuesta del instinto popular, a las dudas del pensamiento. La copla dice así:

"Te llamé en la angustia mía,
Virgen de la Soledad,
y me diste compañía" (82).

* * *

Hemos recorrido, con demasiada premura, para la riqueza del material que se podría comentar, algunos puntos esenciales, si no complementos, del pensamiento religioso de Marañón. Creo que lo dicho es un buen testimonio de la importancia que dió ese hombre, en su vida, a las ideas religiosas y del peso que tuvieron que ejercer sobre su personalidad.

Al principio decíamos que Gregorio Marañón —Gregorio el Magno—, fué un gran hombre, un gran médico, un gran escritor. Añadamos aquí, con sencillez y con emoción, que fué también un gran cristiano.—J. L. Micó Buchón, S. J.

---

(80) *El Grego y Toledo.* Madrid, 1958. Página 257.
(81) *Efemérides y comentarios.* Página 192.
(82) *Vida e historia.* Página 39.